

Traducción de  
MIRTA ROSENBERG

ROBERT D. RICHARDSON

PRIMERO LEEMOS,  
DESPUÉS ESCRIBIMOS

*El proceso creativo según Emerson*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA  
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en inglés, 2009  
Primera edición en español, 2011

---

Richardson, Robert D.

Primero leemos, después escribimos : el proceso creativo según Emerson . - 1a ed. - Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2011.

120 p. ; 21x14 cm. - (Lengua y Estudios Literarios)

Traducido por: Mirta Rosenberg  
ISBN 978-950-557-861-0

1. Lectoescritura . 2. Lectura . 3. Escritura. I. Mirta Rosenberg, trad. II. Título  
CDD 372.4

---

Armado de tapa: Juan Balaguer

Título original: *First We Read, Then We Write. Emerson on the Creative Process*

ISBN de la edición original: 978-1-58729-793-9

© 2009, Robert D. Richardson

D.R. © 2011, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.

El Salvador 5665; 1414 Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Carr. Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-950-557-861-0

Comentarios y sugerencias: [editorial@fce.com.ar](mailto:editorial@fce.com.ar)

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA – PRINTED IN ARGENTINA

Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

## Índice

<i>Agradecimientos</i> .....	9
<i>Introducción</i> .....	15
<i>Leer</i> .....	21
<i>Llevar un diario</i> .....	33
<i>Sugerencias prácticas</i> .....	37
<i>Naturaleza</i> .....	41
<i>Más sugerencias prácticas</i> .....	47
<i>El lenguaje de la calle</i> .....	59
<i>Las palabras</i> .....	63
<i>Las oraciones</i> .....	69
<i>Emblema, símbolo, metáfora</i> .....	73
<i>El público</i> .....	79
<i>El arte es el camino</i> .....	85
<i>El escritor</i> .....	91
<i>Epílogo</i> .....	97
<i>Notas</i> .....	99
<i>Índice de nombres y conceptos</i> .....	115

Qué mares qué costas qué rocas grises y qué islas  
Qué agua lamiendo la proa  
Y aroma de pino y el zorzal que canta  
a través de la niebla  
Qué imágenes regresan  
Oh, hijas mías.

T. S. ELIOT, "Marina".

## Introducción

LA PRIMERA ORACIÓN de Ralph Waldo Emerson que conocí todavía me conmueve cada vez que la leo. “Los jóvenes dóciles”, escribió en “The American Scholar”,\* “crecen en las bibliotecas creyendo que su obligación es aceptar las opiniones expresadas por Cicerón, por Locke, por Bacon, olvidando que Cicerón, Locke y Bacon eran tan sólo jóvenes en bibliotecas cuando escribieron esos libros”.\*\*

Escribir fue la pasión central de la vida de Emerson. Se consideraba un poeta; escribió la que podría considerarse la mejor pieza jamás escrita sobre el expresionismo en la literatura –un ensayo llamado *El poeta*–, escribió sobre escritores –Goethe, Shakespeare, Montaigne–, y habló y escribió, especialmente en sus diarios, sobre el arte y el oficio de escribir. Pero nunca escribió un ensayo sobre el acto de escribir.

Una razón por la que nunca lo hizo fue posiblemente porque él mismo, como escritor, albergaba ambiciones imposibles e inalcanzables. A los 21 años, se dedicó con incertidumbre a cursar estudios de posgrado de teología. Descubrió que anhelaba los horizontes abiertos y los acogedores campos de investigación de los que habían disfrutado las generaciones anteriores, y que sentía nostalgia de la época en la que los novatos eruditos “nunca debían tomarse la molestia de asimilar bibliotecas enteras de nombres y fechas”. Como muchos principiantes de los estudios de posgrado, sentía que “la vida se malgasta en la preparación nece-

\* Este ensayo de Emerson suele traducirse al castellano como “El estudiante americano” o “El estudioso americano”. [N. de la T.]

\*\* Las referencias de todas las citas se encuentran al final del libro (pp. 99-114), señaladas con el principio y el final del texto citado, siguiendo el sistema utilizado por el autor. La traducción de todas las citas de Emerson pertenece a Mirta Rosenberg. [N. del E.]

saría para descubrir el verdadero camino, y morimos justo en el momento en que acabamos de encontrarlo”. En 1824, los estudios de posgrado en teología significaban, incluso para un unitario, el estudio de la Biblia; en julio, Emerson estaba leyendo *History of the Apostles and Evangelists*, de Nathaniel Lardner, y estudiando el libro de Proverbios del Antiguo Testamento. Los Proverbios no son un evangelio, ni tampoco un gran relato como el Génesis. Es un libro muy menor, aunque tiene una voz profética y en el canon se lo sitúa cerca del Eclesiastés, el Cantar de los Cantares e Isaías. Emerson se sublevó ante la perspectiva de un estudio pasivo de las Escrituras. Su ambición no era anotar sino *escribir* uno de “esos libros que reúnen y encarnan la sabiduría de su época”. Consideraba a Salomón un colega escritor, alguien para imitar, no sólo para venerar. El joven Emerson destacó en su diario los proverbios de Salomón y los ensayos de Bacon y de Montaigne, y declaró: “Me gustaría agregar otro volumen a esta valiosa obra”. Por ridículo que pueda resultar para un cristiano ortodoxo, para Emerson era absolutamente sensato. Pero, decimos con incredulidad, ¿y si Dios era quien hablaba a través de Salomón? En ese caso, tal vez también podría hablar a través de Emerson.

Era una aspiración que, a los 21 años, sólo podía expresar en su diario íntimo, pero que volvería a expresar, aunque colectivamente, casi treinta años más tarde en el último párrafo del ensayo final de su libro de 1850, *Hombres representativos*. “También nosotros debemos escribir Biblias”, dice al final de su ensayo sobre Goethe. Desde el principio, entonces, su ambición fue tan fenomenal como inquebrantable.

Su éxito puede ser discutible, pero tal como señaló su joven amigo Henry Thoreau, “a la larga los hombres sólo dan en el blanco al que han apuntado”. Emerson también sabía, como Epicteto, que “todas las cosas tienen dos asas. Cuídate del asa equivocada”. Y los Proverbios de Salomón también son sombriamente elocuentes sobre la elección del camino erróneo:

He pasado junto al campo de un perezoso,  
y junto a la viña de un hombre insensato,

y estaba todo invadido de ortigas,  
los cardos cubrían el suelo,  
la cerca de piedras estaba derruida.  
Al verlo, medité en mi corazón,  
al contemplarlo aprendí la lección:  
Un poco dormir, otro poco dormir,  
otro poco tumbarse con los brazos cruzados  
y llegará, como vagabundo, tu miseria  
y como un mendigo, tu pobreza. (Proverbios, 24:30-34)\*

La descarada ambición, casi indecente, de Emerson parece tanto demasiado elevada como demasiado abstracta para ser real, o para ser creíble; pero siempre hubo en él otro aspecto, un aspecto en el que sus pies están bien plantados en la realidad cotidiana, un aspecto que suele parecer abrumado, a veces desesperado, pero siempre firme y decidido. Una persona, escribió Emerson,

debe hacer su trabajo con las facultades de las que dispone hoy. Pero esas facultades son la acumulación de los días pasados. Ningún rival puede rivalizar con el pasado. Lo que uno ha aprendido y ha hecho es seguro y provechoso. Trabaja y aprende en los días malos, en los días afrentosos, en los días de deudas y depresión y calamidad. Lucha mejor a la sombra de la nube de flechas.

Resulta alentador enterarse de que para Emerson la escritura fue con frecuencia una lucha desesperada. Supo tempranamente que cada día es el Día de la Creación y también el Día del Juicio Final. Al final de cada día, nunca sentía que había logrado el máximo, que había alcanzado expresarse adecuadamente. “Days” expresa su sensación de la acusadora autosuficiencia de cada día y su pesaroso sentimiento de no haber aprovechado su tiempo, de que su talento no era el que creía, que se había

\* La traducción corresponde a la versión castellana de La Biblia de Jerusalén (Bilbao, 1975). [N. de la T.]

dedicado a una tarea errónea, y que cada día terminaba para él con una noche de fracaso.

Hijos del Tiempo, los Días hipócritas,  
apagados y mudos como derviches descalzos,  
marchando de a uno en interminable fila,  
traen en sus manos diademas y gavillas.  
A cada uno ofrecen el don que desea,  
pan, reinos, astros, y el cielo que a todos contiene.  
Yo, en mi jardín emparrado, observé todo el boato,  
olvidé mis deseos matinales, apresuradamente  
corté hierbas y manzanas, y el Día  
giró y se marchó en silencio. Yo, demasiado tarde,  
vi el desdén bajo su lomo solemne.

A partir de sus repetidos fracasos –de los cuales, sin embargo, cada mañana despertaba dispuesto a volver a intentarlo–, Emerson buriló oraciones con consejos útiles y prácticos, sobre todo para sí mismo, suponemos, pero adecuados para que cualquiera los tenga sobre su escritorio o en la carátula de un nuevo cuaderno. Emerson prefería la oración como unidad de composición, no el párrafo y menos aún el ensayo. Escribió algunas de las mejores oraciones del inglés; un número sorprendente de ellas son sobre cómo escribir buenas oraciones:

La primera regla de la escritura es no omitir aquello que uno se proponía decir.  
La buena escritura y la conversación brillante son perpetuas alegorías.  
Toda escritura debe ser selectiva para descartar las palabras muertas. Aquello que se expresa en palabras no por eso queda confirmado. Debe confirmarse a sí mismo o ninguna forma de la gramática y ninguna verosimilitud servirá para probarlo, y tampoco ningún conjunto de argumentos.  
Contagio, levadura, “*emptins*” [la borra leudante de la cerveza o la sidra], cualquier cosa que implique fermentación, que signifique

fermentación, que induzca fermentación a una masa inactiva, inspiración, por medio del vicio o la virtud, de amigos o enemigos, ángeles o “malos espíritus”.

Todo lo que puede ser pensado puede ser escrito.

Tal vez esta última afirmación sea cierta, pero ¿hasta qué punto el Emerson real podía escribir bien lo que pensaba? Siempre sometía sus actos –su escritura y su vida– al gran estándar, es decir, a la naturaleza. “Cuando veo el cierzo que cae sobre los pinares, mis oraciones parecen muy despreciables.” Pero si su escritura siempre tenía un pie plantado en la naturaleza, su otro pie se apoyaba, aunque con levedad, en sus amplias y entusiastas lecturas.

## Leer

“EXISTE ENTONCES una lectura creativa así como existe una escritura creativa”, dice Emerson en “The American Scholar”. “Primero comemos, después engendramos; primero leemos, después escribimos.” La lectura es creativa para Emerson, y también es activa. En “History”, repite que “el estudiante debe leer historia activamente y no de manera pasiva; debe considerar su propia vida como texto, y los libros como comentarios”. Todos los comentarios de Emerson sobre la lectura pretenden fortalecer la autoridad de los lectores (y de los escritores) de libros, y debilitar o hacer más leve la autoridad de los libros mismos. En un ensayo tardío no publicado, que lleva el título de “Subjectiveness”, expresó esta idea con condensada simplicidad. Mientras estás leyendo, dijo, “tú eres el libro de los libros”.

Sus mejores comentarios sobre la lectura se refieren a sus límites y peligros. Sospechaba de las lecturas durante un viaje. La lectura escapista, pensaba, era el paraíso de los tontos. Le gustaba Hobbes porque había dicho: “Si yo hubiera leído tanto como otros hombres sería tan ignorante como ellos”. Admiraba especialmente a Montaigne, quien había aprendido a no sobrevalorar los libros. “Si bien soy un hombre con algunas lecturas, también soy un hombre que no retiene”, escribió Montaigne jubilosamente. “No me muerdo las uñas por las dificultades con las que me topo en la lectura. [...] No hago nada sin alegría. [...] Mi visión se confunde y se disipa con el estudio minucioso.”

Sin embargo, la crítica de la lectura que hace Emerson sólo tiene sentido si entendemos que él mismo era un lector prodigioso e inveterado, un hombre enamorado de los libros, adicto a ellos. Parece haberlo leído todo. Habitualmente leía todas las revistas inglesas, todas las estadounidenses, y todos

los nuevos libros que se publicaban. Además de las lecturas previsibles de los clásicos griegos y romanos, de la historia y la literatura de Inglaterra, Francia y Alemania, y de la tradición judeocristiana, leyó la literatura y los textos religiosos de India, China y Persia. Estudió el budismo, el hinduismo, el confucianismo, el zoroastrismo y el Islam. Leyó libros sobre Rusia, sobre los Mares del Sur, sobre agricultura y árboles frutales, sobre pintura y música. Leyó novelas, poemas, piezas teatrales y biografías. Leyó periódicos, libros de viaje e informes gubernamentales.

En general sacaba de la biblioteca más libros de los que podía devolver antes de la fecha de reintegro. Los registros de sus préstamos en el Ateneo de Boston, la Biblioteca de la Universidad de Harvard y la Biblioteca de la Sociedad de Boston no ofrecen tanto la medida de su consumo como de su apetito. Echó un vistazo rápido a miles de libros. Leyó minuciosamente muchos cientos que le llamaron la atención. Volvió una y otra vez a unos pocos favoritos, que incluían las obras de Montaigne, Plutarco, Platón, Plotino, Goethe, De Staël y Wordsworth.

En una oportunidad, Emerson señaló que Coleridge había identificado cuatro clases de lectores: el reloj de arena, la esponja, la manga pastelera y el diamante Golconda. El reloj de arena devuelve todo lo que asimila, intacto. La esponja devuelve todo lo que ha absorbido, sólo que un poco más sucio. La manga pastelera expulsa lo valioso y conserva lo inservible, mientras que el Golconda pasa todo por un tamiz, conservando tan sólo las pepitas de oro. Emerson era el lector Golconda por excelencia, o lo que los mineros estadounidenses llaman “un nivel alto”: una persona que recorre una mina y sólo se guarda los más ricos terrones de mineral.

Para Emerson, leer era una necesidad física. “Si no he leído nada, siento que mi día ha carecido de sustancia”, le escribió una vez a un amigo. “Espero que un hombre sea un gran lector”, escribió en otra ocasión, “o que el poder de asimilación sea proporcional al poder espontáneo”. Conocía por experiencia propia el poder que puede tener un libro.

Muchas veces la lectura de un libro ha definido el destino del lector, ha decidido su camino en la vida. La lectura de viajes y travesías ha despertado la ambición y la curiosidad de un muchacho y lo ha convertido en marinero y en explorador de nuevos países para toda la vida, en poderoso mercader, en buen soldado, en puro patriota o en exitoso estudiante de ciencias.

Sobre los libros que lo habían conmocionado personalmente, era capaz de escribir con manifiesta gratitud y dejar traslucir su sentimiento de arrobamiento. Dijo de los *Ensayos* de Montaigne: “Me pareció que yo mismo había escrito el libro en una vida anterior. [...] Ningún libro que haya leído antes o después significó tanto para mí como éste”.

Cuando le envió a su amigo Sam Ward un ejemplar de las *Confesiones* de san Agustín, le escribió:

Te envío esta pequeña antigüedad tan sólo a causa de la gratitud que siento por algunas palabras de oro que leí en ella el verano pasado. ¿Qué mejor ofrenda podría hacerle al santo que la oportunidad de ganar un nuevo prosélito? Pero no leas. ¿Por qué leer este libro o cualquier otro? Es un necio conformismo que sólo sirve a los muertos. Nos sucede una o dos veces en la vida embriagarnos con algún libro que probablemente tenga un extraordinario poder relativo para emborracharnos a *nosotros* y a nadie más; y tras haber agotado esa copa de hechizo exploramos a tientas las bibliotecas durante todos los años que siguen, con la esperanza de volver a estar en el Paraíso.

Teniendo en cuenta que Emerson era comprobadamente un lector habitual, a veces sus protestas parecen exageradas. “Es tomarse una gran libertad con un hombre ofrecerse a prestarle un libro”, señaló en una oportunidad. “Cada libro que leo me invade, me cambia de lugar.” Con frecuencia hay en su autocrítica una nota cómica. Después de leer un libro sobre literatura alemana escrito por Wolfgang Menzel, escribió: “Te sorprendí anteayer, oh Waldo Emerson, enfrascado en una y otra página de un librito

de cierto Menzel, jadeando y esforzándote por entender a un grupo u otro de autores alemanes. Creí que eras más inteligente. Mantente firme, imperturbable, sé humilde”. Pero sólo aquellos que se sumergen en los libros –y que por lo tanto están en permanente contacto con las opiniones de otros– deben preocuparse por salvaguardar su integridad personal. Es precisamente el lector de muchos libros quien corre peligro de perder de vista sus propias opiniones, y de terminar, tal como dice Emerson, “drogado por los libros debido a su falta de sabiduría”.

A Emerson le gustaba dar la impresión de que era un lector amplio e indiscriminado. “Si un hombre lee un libro porque le interesa y lee en todas direcciones por la misma razón, su manera de leer es pura y me interesa”, dijo en una oportunidad. “No importa por dónde empieces, si lees cinco horas por día muy pronto dispondrás de conocimiento.” Sin embargo, por mucho que leyera, había categorías completas de libros que el Emerson maduro se negaba a leer. No leía teología ni debates académicos. Quería relatos originales, experiencias de primera mano, testimonios personales. Aceptaba leer el poema o la novela de alguien, pero no una opinión sobre el poema o la novela de otro, por no hablar de una opinión sobre la opinión de otro. Una conferencia temprana consigna su característica e inquietante franqueza respecto de este tema: “Una enorme cantidad de libros se escriben en muda imitación de la antigua historia civil, eclesiástica y literaria; a todos ellos no debemos prestar atención. Están escritos por muertos para que los lean los muertos”.

Muchos libros sólo concitaron transitoriamente su atención. “¡Cuántos centros hemos encontrado con placer, que muy pronto demostraron ser puntos de una circunferencia! Cuántas conversaciones sobre libros parecieron representar toda una época, que ahora hemos olvidado indudablemente.” Nunca usó la lectura como algo sedante, anodino. Se preocupaba si no extraía algo de ella todo el tiempo. “Somos demasiado educados y corteses con los libros”, se quejó. “Por unas pocas oraciones áureas nos abocamos a leer todo un volumen de cuatrocientas o quinientas páginas.”

El problema más persistente de Emerson con respecto a los libros era que ejercían demasiada influencia, no demasiado poca, sobre él. Los libros constituían la mayor parte del equipaje que llevaba en lo que una vez denominó “la mochila de la costumbre”.

El público necesariamente elige, para emulación de los jóvenes, a los Oberlin, los Wesley, al doctor Lowell y el doctor Ware. Pero con el peor de los efectos. Toda esta excelencia consumida de antemano mata la excelencia propia. Los jóvenes deberían abordar la tarea ignorando lo ya hecho por otros. La imitación no puede superar su modelo.

Pese a que Emerson reconocía ampliamente la reivindicación de los clásicos (“Leer los libros antiguos es siempre economizar tiempo”), se oponía a la ingestión y aprobación pasivas de los textos canónicos simplemente por el hecho de que fueran famosos. “Si Homero es ese hombre que todo el mundo cree, y por quien se lo toma, aún no ha cumplido su tarea al educar a la Europa cultivada durante mil años. Ahora tiene que demostrar ser un maestro deleitable también para mí. Si no logra hacerlo, toda su fama no le servirá de nada.”

Emerson no leía para extraer de esa actividad los valores generalizados de su cultura o de su clase. Ni siquiera leía con la esperanza arnoldiana de aprender lo mejor que se había pensado y se había dicho. Emerson leía para su provecho personal, para su uso personal. “Un hombre debe enseñarse a sí mismo”, observó, “porque sólo puede leer de manera acorde a su estado”. Como Stephen Dedalus, Emerson no retenía “nada de lo que leía salvo aquello que le parecía un eco o una profecía de su propio estado”. Lo expresó de otras maneras: “Porque sólo podemos leer ese libro que nos relaciona con algo que ya tenemos en la cabeza”. Ya era plenamente consciente de ese hecho en sus primeras lecturas. “¿Qué podemos ver, leer, adquirir salvo lo que ya somos?”, preguntó en “Ethics”, de 1835.

Uno ha visto a un hombre habilidoso leer a Plutarco. Bien, ese autor es mil cosas diferentes para mil personas diferentes. Toma ese libro

con tus propias manos y lee hasta que se te desorbiten los ojos. Nunca encontrarás en él lo que encuentra otro. [...] ¿O acaso crees que puedes descubrir y extraer en una conversación algo más que lo que ya ha nacido en tu mente, o está a punto de nacer?

Emerson leía explícitamente de la manera en que todos leemos implícitamente. “Insistir en que los Schelling, Schleiermacher, Ackerman o cualquier otro te proponen una mitología es tan sólo una traducción de entidades, más o menos torpe, dentro de tu propia conciencia. [...] Si Spinoza no puede [devolverte a tu propia conciencia], tal vez Kant lo consiga.” Eso no implica, por supuesto, rechazar las nuevas ideas ni la contribución original que puedan hacernos otros. Es simplemente afirmar que podemos seguir la línea de una argumentación y reconocer su fuerza tan sólo cuando es congruente con nuestros propios procesos mentales.

Cuando leemos activamente, podemos sacar provecho de cualquier cosa. “Una buena cabeza no puede leer de manera inapropiada”, dijo Emerson. “En cada libro encuentra pasajes que parecen confidencias o apartes, ocultos para cualquier otra persona, e inconfundiblemente destinados a su oído. Ningún libro tiene valor en sí mismo, sino que tiene peso por la relación que establece con lo que has extraído de muchos otros libros.” En este aspecto, Emerson podía afirmar: “No importa qué leamos. Si es irrelevante, lo leo más profundamente. Lo leo hasta que es pertinente a mí y a lo mío, a la naturaleza y a la hora que transcurre. Un buen estudioso descubrirá que Aristófanes y Hafiz y Rabelais están repletos de historia norteamericana”.

Aquello que Emerson afirmaba en el caso de sí mismo, estaba dispuesto a hacerlo valer para otros. Era reticente a hablar *del* significado de un libro, y le entusiasmaba sostener la idea de que un libro tenía tantos significados como lectores.

Cada palabra que pronunciamos tiene mil caras, o es convertible a un número indefinido de aplicaciones. Si no fuera así, no podríamos leer ningún libro. Tu comentario sólo sería adecuado para

tu caso, no para el mío. Y Dante, que describió sus circunstancias, sería ininteligible ahora. Pero mil lectores de mil años diferentes leerán su historia y encontrarán en él un retrato de su propia historia, por supuesto dándole una nueva aplicación a cada una de sus palabras.

Es precisamente esta convertibilidad de las palabras la que, lejos de separarnos, hace que la lectura y la escritura sean posibles.

Emerson mismo leía casi enteramente con el propósito de alimentar su escritura. “Todo lo que un hombre conoce penetra y modifica su propia capacidad de expresarse”, escribió en un diario de juventud. Unos años más tarde comentó: “Para mí, los filósofos no deben escribir historia. Saben demasiado. Leo algo de Plutarco o incluso de los aburridos Belknap o Williamson y de sus secos y muertos anales extraigo pensamientos que ellos nunca pusieron allí. [...] ¿Acaso no dicen que la mayor alegría es la del creador, no la del receptor?”. Respondió con entusiasmo al franco reconocimiento de Goethe de la importancia de la asimilación para el escritor. “¿Qué es el genio sino la capacidad de captar y dar cuenta de todo lo que nos impresiona?”, había dicho Goethe. E insistió en que “el genio más grande no servirá de mucho si pretende nutrirse tan sólo de sus propios recursos”, y que “cada uno de mis escritos me fue proporcionado por mil personas diferentes, mil cosas diferentes”.

Leer y escribir eran tópicos favoritos de Emerson. En ensayos, cartas y diarios vuelve una y otra vez a ambos temas. También le gustaba hablar de ellos, tal como podemos apreciar en una serie de conversaciones, notablemente francas y espontáneas, que mantuvo entre 1865 y 1870 con un joven estudiante de Williams College llamado Charles Woodbury. Éste lo escuchó con toda atención, tomó notas y puso por escrito casi todo lo que Emerson le había dicho, y finalmente lo publicó, en 1890, con el título de *Talks with Ralph Waldo Emerson*. Después de graduarse en Williams, Woodbury se convirtió en un exitoso comerciante de aceite en San Francisco. Vivía en Oakland y era un miembro activo de los círculos de la Iglesia Unitaria, al punto de escribir ocasional-

mente algún himno original. El hecho de que Woodbury no fuera un escritor confiere a su relato un interés especial: parece haber realizado pocos esfuerzos por limpiar la charla de Emerson, donde ideas e imágenes se acumulan y se confunden, y por eso podemos escuchar al hombre mismo, sentado en la habitación de estudiante de Woodbury, hablando de libros.

Leer está íntimamente relacionado con escribir. Aunque la mente es maleable debemos ser cuidadosos con sus impresiones. Los nuevos hechos deberían provenir de la naturaleza, frescos, optimistas, inspiradores, exactos. Más tarde en la vida, cuando hay menos peligro de imitar esos rasgos de expresión por medio de los cuales se ha recibido la información, los hechos pueden extraerse de un campo más amplio. Pero ahora no leerás estos libros —señalando—, ni Prescott ni Bancroft ni Motley. Prescott es un hombre meticuloso. Bancroft lee muchísimo, siempre entiende de su tema. Motley es concienzudo, pero demasiado mecánico. Todos ellos lo son. Su estilo mata. Ninguno de ellos despega los pies de la tierra. No tienen cadencia. ¿Reparaste en ese mármol que acabamos de ver? ¿Recuerdas que el mármol es tan sólo piedra caliza cristalizada? Bien, algunos escritores nunca salen de esa condición de piedra caliza.

Emerson le dijo a Woodbury que leyera a escritores “que no son perezosos, que se contactan con los hechos de la realidad. Así puedes aprender a ver también con tus propios ojos. Y no te olvides de los libros religiosos persas, parsis e hindúes: el Avesta, el Vendidad y el resto; también libros de viaje”. Emerson le dio a Woodbury muchos nombres de autores y títulos. Le recomendó a Bacon y Berkeley, a Sharon Turner y Plutarco. “¡Y está Darwin! Me alegro de verlo aquí.” Pero en el momento en que realmente Emerson cobraba vida era cuando hablaba con crudeza e intensidad sobre lo que *no* había que leer.

Evita todos los libros con fragmentos de otros libros, los libros de segunda mano: “Recopilación de...”; “Lo más bello de...”, etc. Veo

algunos en tus anaqueles. Yo los quemaría. Nadie puede seleccionar por ti los más bellos fragmentos de otro. Serán los más bellos para él... y punto. Otras ideas, que coinciden con tus aspiraciones, serán las más bellas para ti. Construye tu propia cantera.

“¿Alguna vez pensaste en la lógica del estímulo?”, le preguntó Emerson a Woodbury. “El gran secreto es qué dejar fuera de la mente y qué conservar.” Emerson usó los periódicos como ejemplo. Pensaba que nadie debía ignorarlos.

Pero no te involucres demasiado con ellos. Aprende a extraer *de ellos* lo mejor, sin que ellos saquen lo mejor de ti. No los leas cuando tu mente esté en disposición creativa. Y no los leas minuciosamente, columna por columna. Recuerda que están hechos para todo el mundo, y no trates de encontrar lo que no está destinado a ti.

El consejo de Emerson a Woodbury no es una exhortación vacía. Está describiendo sus propios hábitos de lectura.

Leer mucho tiempo seguido cualquier cosa, por más que te fascine, destruye tan completamente el pensamiento como las inflexiones impuestas por causas externas. No permitas que eso ocurra. Detente siempre que adviertas que la lectura te absorbe por completo, aun cuando estés en el primer párrafo.

La lógica que sustenta el aparente menosprecio de la lectura de Emerson es la lógica de alguien que espera que sus lecturas le resulten, por encima de todo, útiles. “No intentes ser un gran lector”, le dice a Woodbury. “Y lee en busca de los hechos, no de la cantidad de libros. Debes tener clara la propiedad de los hechos. Lo que otro ve y te dice no es tuyo, es suyo.” El lector sólo debe tomar para sí aquello que le conviene. Emerson le dice a Woodbury que debe “aprender a adivinar los libros, a *sentir* cuáles son los que quieres sin perder demasiado tiempo con ellos. Recuerda que debes conocer tan sólo lo excelente entre todo lo que se te ofrece. Pero con frecuencia un capítulo es suficiente. Un vistazo

revela lo que el escrutinio oscurece”. Cuando se le pedían detalles precisos sobre la manera de lograrlo, Emerson vacilaba un momento, dice Woodbury, y luego seguía adelante:

Bien, aprende cómo decidir, por el principio de los capítulos y por lo que puedas atisbar en las oraciones, si necesitas leerlos enteros. Así, pasa página tras página, manteniendo ante ti el pensamiento del escritor, pero sin demorarte con él, hasta que te haya ofrecido aquello que estás buscando; entonces sí quédate con él, si es que tiene lo que desees. Pero recuerda que sólo lees para formar tu propio equipo.

La mayoría de los escritores acaban por desaparecer en sus textos; muchos apuntan a ese objetivo. Emerson apuntaba a lo contrario. Su fe en los textos sólo descansa en la capacidad de transportar que posean. Su teoría de la lectura y de la escritura son biográficas: el texto debe transportar al lector hacia el escritor, y debe transportar al escritor hacia el lector. Las argumentaciones convencionales suelen mirar con malos ojos los argumentos *ad hominem*. Para Emerson, es exactamente al revés. Todos los argumentos son *ad hominem* o *ad feminam*,\* nada más importa. Cuando se establece la relación entre el escritor y el lector, el texto se disuelve en ella. Los mejores textos se disuelven una y otra vez en esa relación.

El joven Woodbury, impresionado pero perceptivo, observó que resultaba simbólico que Henry Ward Beecher, el famoso orador y predicador, tuviera un enorme escritorio con la forma de una rueda, en cuyo centro se sentaba el propio Beecher. Emerson, por su parte, trabajaba en una mecedora que acercaba al borde de una mesa redonda. Emerson sabía que aunque las cosas eran circulares (“la unidad y el universo son redondos”) y aunque cada persona es su propio centro, nadie ocupa el centro del mundo. “Cada espíritu se construye una casa, y más allá de la casa un mundo, y más allá de su mundo un cielo”,

\* Argumento elaborado a la medida del hombre o de la mujer. [N. de la T.]

dice al final de *Naturaleza*. “Debes saber, entonces, que el mundo existe para ti. Para ti es un fenómeno perfecto. Lo que somos es lo único que podemos ver.” Y luego prosigue diciendo: “Por lo tanto, lee y escribe tu propio mundo”, ya que la lectura creativa era en última instancia inseparable de su propia escritura creativa. Pero leer era tan sólo un medio. El fin —el propósito— era escribir.